
EL POSTDESARROLLO COMO CRÍTICA Y EL BUEN VIVIR
COMO ALTERNATIVA



*Eduardo Gudynas**

Los términos Buen Vivir o Vivir Bien son otorgados a un nuevo conjunto de ideas que coinciden por un lado en la crítica a las ideas sustanciales del desarrollo contemporáneo y, por el otro, en postular alternativas que redefinen las relacionalidades sociales y ambientales. Estas ideas surgieron en América del Sur en los últimos años, y lograron un fuerte empuje por factores tales como el aporte de algunos saberes indígenas o su inclusión en nuevas constituciones o planes de gobierno.

Un aspecto destacado en el campo del Buen Vivir es que varios de sus componentes se acercan a las críticas del llamado “postdesarrollo”, popularizadas años antes, en especial en espacios académicos. Si bien el Buen Vivir se conformó independientemente del postdesarrollo, se observan importantes analogías y resonancias entre uno y otro. Es como si compartieran un mismo talante, donde el postdesarrollo contribuyó con sus alertas y críticas a preparar el terreno para el surgimiento del Buen Vivir. A su vez, el interés en el Buen Vivir hace resurgir la atención sobre las potencialidades del postdesarrollo como herramienta crítica. En el presente capítulo se revisan estos conceptos y sus relaciones.

En las secciones siguientes se repasan los contenidos y propósitos del postdesarrollo en sus formulaciones originales. Se sostiene que el uso más adecuado del postdesarrollo para el contexto actual debe responder a sus formulaciones originales, entendiéndolo como una crítica y deconstrucción radical de las ideas del desarrollo. Bajo esa postura, si bien la construcción de alternativas es una tarea distinta, se mantienen vinculaciones evidentes con el postdesarrollo, al abrirse las posibilidades a opciones de cambio sustantivas. Entre esas alternativas a las ideas del desarrollo es que se encuentra el Buen Vivir. A su vez, el Buen Vivir

* Investigador principal, Centro Latino Americano de Ecología Social (CLAES); investigador asociado, Dpto. Antropología, Universidad de California, Davis. (egudynas@ambiental.net).

también incluye importantes componentes de críticas a la esencia del desarrollo contemporáneo, y en esa tarea se acerca en parte al postdesarrollo. Se describe brevemente el Buen Vivir, caracterizándolo como una plataforma de encuentro de posturas críticas y alternativas a los desarrollos modernos. Finalmente, se ofrecen una serie de ejemplos que exploran las potencialidades, tanto del Buen Vivir como crítica radical, y del Buen Vivir como alternativa.

El postdesarrollo como crítica radical

Hacia fines de la década de 1980 se gestó una particular situación. Por un lado, las estrategias de desarrollo convencionales se fortalecieron en diversos frentes, e incluso dentro del campo de la economía del desarrollo se difundió un consenso alrededor del crecimiento económico como factor determinante, y del mercado como arena indispensable. Se estaba apagando la proliferación de discusiones que abordaron el desarrollo en los años setenta y ochenta, como fueron los debates sobre la dependencia, los límites sociales y ambientales al crecimiento, etc. Se vivía, en cambio, un empuje neoliberal que reforzaba ideas convencionales de industrialización, modernización social, expansión del mercado y una cultura volcada al consumo. La propia economía del desarrollo, como disciplina, languidecía (Hirschman, 1986).

Pero, por otro lado, la crítica al desarrollo de todos modos persistía en otros frentes, muchos de ellos externos a la economía, y originados tanto desde otras disciplinas académicas como desde los movimientos sociales. Esos debates fueron intensos a inicios de la década de 1990, y uno de los más conocidos ejemplos de esa maduración fue el *Diccionario del desarrollo*, compilado por Wolfgang Sachs. Este autor afirmaba que el desarrollo había llegado a su fin, convertido en una “ruina en el paisaje intelectual”, de donde llegaba el “momento de escribir su obituario” (Sachs, 1992). En ese diccionario, el mexicano Gustavo Esteva apuntaba en el mismo sentido, considerando que era una palabra condenada a la extinción, “transformando su agonía en una condición crónica”, convertida en un “cadáver insepulto” desde donde emanan “todo género de pestes” (Esteva, 1992). Otros autores, como Majid Rahnema, concordaban en esas críticas demoledoras sobre el desarrollo. Siguiendo senderos en parte independientes, otros autores plantearon similares cuestionamientos. Un caso muy conocido fue el de Gilbert Rist, quien

afirmaba que el desarrollo era una creencia o mito occidental impuesto desde unas culturas a todas las demás (Rist, 1997).

Se conformó de esta manera una corriente de opinión que sostenía las promesas de bienestar del desarrollo como simples ilusiones, con un balance de su aplicación claramente negativo, especialmente en los países del sur, y por ello debía ser inmediatamente abandonado.

Es en ese contexto que surge la idea del postdesarrollo. Su promotor más destacado, el antropólogo colombiano Arturo Escobar, no era ajeno al grupo que participó del diccionario coordinado por W. Sachs. Sin embargo, Escobar organizó sus cuestionamientos de otros modos.

La descripción de sus posturas debe comenzar por advertir que el prefijo “post” en postdesarrollo no implica que represente un conjunto de alternativas que vendrán después (una confusión que se ha vuelto muy común). Ese prefijo proviene del postestructuralismo, entendido como una postura que elabora una crítica y deconstrucción específica, y que se encuentra basado particularmente en la obra de Michael Foucault (una introducción a esta corriente se encuentra en Belsey, 2002; véase, además, Gibson Graham, 2001). Dicho de otro modo, el postdesarrollo en sentido estricto sería la abreviación para indicar una crítica postestructuralista del desarrollo. Un antecedente clave fue un seminario brindado por Foucault en la Universidad de California en Berkeley en 1983, al cual asistió Escobar (como consecuencia publicó un artículo que podría considerarse su primer aporte en esta materia; Escobar, 1984). La influencia postestructuralista se consolidó, le sumó otros aportes, y Escobar pasó a formalizar sus ideas sobre el postdesarrollo en los años siguientes, en diversos artículos y en particular en su libro *Encountering development*, de 1995 (publicado en castellano en 1998).

En esas primeras formulaciones, el postdesarrollo es un ejercicio de pensamiento crítico que aborda aquellos aspectos presentes en los distintos tipos de desarrollo convencional (sobre las características de las variedades del desarrollo véase, por ejemplo, a Peet y Hartwick, 2009). Esto hace que sus cuestionamientos sean radicales, en el sentido de ir hacia los cimientos conceptuales de esta idea y sus aplicaciones. Evalúa críticamente las bases conceptuales, las expresiones prácticas, las instituciones, y las formas bajo las cuales se lo legitima, aprovechando para esas tareas las herramientas postestructuralistas. Finalmente, también es un ejercicio de deconstrucción, donde no necesariamente se presuponen salidas, pero se abren las puertas a ellas.

Si bien existen distintas expresiones del desarrollo, la crítica postdesarrollista se enfoca en los elementos comunes a todo ese conjunto. No se niega la variedad en los desarrollos, pero su interés analítico está sobre los conceptos compartidos, las tendencias que se repiten, y las coincidencias. De esta manera, el postdesarrollo reacciona ante las similitudes que se encuentran, por ejemplo, entre las grandes narrativas para el desarrollo en los manuales de economía, en los programas de ayuda al desarrollo del Banco Mundial, en los planes gubernamentales, y hasta en las justificaciones de emprendimientos concretos, como puede ser construir una represa o un sistema de riego. Considera que el balance final de todos esos esfuerzos realizados en nombre del desarrollo, en especial desde mediados del siglo XX, arrojaron resultados muy pobres, problemas cruciales como la pobreza o la desigualdad persistieron, e hicieron desaparecer una rica variedad cultural de opciones.

Bajo esta mirada crítica, quedó en evidencia que la base conceptual expresada en los diferentes tipos de desarrollo responde a los cimientos de la Modernidad. Desde allí se generó un campo de conocimientos y prácticas, en especial la llamada “economía del desarrollo” o la “planificación del desarrollo” aplicable a todo el planeta. Escobar (especialmente en su libro de 1995) sostuvo que de esa manera se difundió una nueva visión del mundo, donde unos pocos países pasaron a ser “desarrollados” y el resto eran apenas “subdesarrollados”; los primeros ofrecían los ejemplos económicos, culturales y políticos que debían ser imitados por los segundos, los que pasaron a ser el “Tercer Mundo”. Simultáneamente, las diferencias y particularidades históricas y culturales entre estos últimos se desvanecieron, pues lo único que importaba era su condición de subdesarrollados. Por lo tanto, la idea del desarrollo cristalizó simultáneamente con la de subdesarrollo; son dos conceptos hermanos.

El postdesarrollo analiza al desarrollo como un “discurso”, aunque debe tenerse presente que este término en su sentido postestructuralista es mucho más amplio que la palabra dicha o escrita. En efecto, incluye ideas, pero también las prácticas, tanto las instituciones como las acciones concretas, y los modos por las cuales éstas son legitimadas. De esta manera, el desarrollo como discurso explica, por ejemplo, las ideas básicas sobre el papel clave del crecimiento económico o su linealidad histórica; las formas bajo las cuales se lleva esto a la práctica, sea en políticas sectoriales, como podrían ser la promoción de la minería, o proyectos específicos como la construcción de un puerto; sus institucionalidades y formas de gobernanza, desde la Organización Mundial de

Comercio a las agencias de crédito nacionales; y, finalmente, el discurso en el sentido de las expresiones públicas por las cuales se legitiman estas ideas, que pueden ir desde declaraciones presidenciales al texto de un plan ministerial de desarrollo.

Siguiendo esa perspectiva, los modos de pensar el desarrollo y actuar en su nombre son analizados de diversa manera. Se identifican formas de saber, cómo se determinan los campos de conocimiento que son propios del desarrollo y cuáles no, incluyendo sus abordajes desde las disciplinas académicas, sus objetos de estudio y prácticas, los conceptos y teorías que las sustentan. En ellos se expresan sistemas de poder, desde donde se regulan las prácticas, se aplican los criterios de validez, se reconoce quiénes pueden opinar con propiedad sobre el desarrollo y quiénes no, se legitima el entramado de una expertocracia sobre el desarrollo, y así sucesivamente. También se establecen formas de subjetividad en el reconocimiento e identidades, tales como quiénes se consideran “desarrollados” y quiénes son “subdesarrollados”, las aspiraciones sobre el progreso, las satisfacciones deseadas, por mencionar algunas. Finalmente, se observan formas o regímenes de representación, entendidos como los ámbitos de construcción de esas identidades vinculadas con el desarrollo, donde éstas se crean y reproducen, aunque también dónde hay resistencias y oposiciones.

Desde esa perspectiva crítica, se puede describir al desarrollo, en forma muy resumida, como un conjunto de ideas centradas alrededor del crecimiento continuado, impulsado por la economía, y que se expresa especialmente en el campo material. Se cree que ese crecimiento económico es posible a perpetuidad, negándose la existencia de límites reales, sean sociales o ambientales. El avance continuado estaría alimentado por la ciencia y la técnica. A su vez, esa expansión genera progresos en los campos sociales, culturales y políticos, entre otros. La expresión clásica de esos avances es la de una modernización ampliada a diferentes espacios sociales y políticos. Por lo tanto, la idea del desarrollo no está restringida a cuestiones económicas, sino que también encierra la defensa de un tipo de ordenamiento estatal, de una democracia de corte liberal clásica, y de vidas personales que giran alrededor de la satisfacción en el consumo.

El énfasis económico del desarrollo genera a su vez una creciente mercantilización del entorno y de las relaciones sociales; no sólo se expanden las relaciones y elementos que pueden ser manejadas desde el mercado, sino que se les otorgan precios y derechos de propiedad.

La crítica del postdesarrollo entiende que la Naturaleza es colocada por fuera de la sociedad, desprovista de organicidad y reconvertida en un conjunto de bienes o servicios que deben ser aprovechados por los seres humanos. Una vez más, la ciencia y la técnica brindarían los medios más eficientes para apropiarse de esas riquezas naturales. Estos y otros factores hacen que, para el desarrollo, la ciencia y la tecnología representen un cartesianismo instrumental y manipulador.

La modernización embebida en el desarrollo está representada en los estilos de vida y cultura occidentales. Se mantienen posturas patriarcales de diverso tipo, subordinando e invisibilizando a las mujeres. Se festeja el consumo material, imitándose la estructura y estética occidental; sea en Lima o en Guangzhou, se repiten los centros comerciales con una oferta similar de productos, muchas veces las mismas marcas, que reciben un aluvión de consumidores. Así, poco a poco, el consumidor reemplaza al ciudadano, y las relaciones mercantiles suplantán a la política en los escenarios públicos.

El postdesarrollo permite dejar en claro que, por aquellas y otras vías, el desarrollo se presenta a sí mismo como un proceso que es lineal, expresado en un progreso continuado y necesario, ambicionado e inevitable. Como consecuencia, otros ordenamientos culturales y estilos de vida quedan relegados a ser considerados como expresiones arcaicas, retrasadas, mismas que deben ser “superadas”, aunque esto en realidad significa suprimirlas, sea por su disolución, por su reconversión a manos de la expertocracia, e incluso anulándolas por medios violentos.

Estos breves ejemplos muestran que el postdesarrollo es muy potente en desnudar que el desarrollo no se refiere solamente a cómo se ordena una economía, o cómo se aprovechan los recursos naturales o se distribuye su riqueza. La idea de desarrollo va mucho más allá de esos fenómenos, y genera relato sobre el pasado y sobre cómo debería ser el futuro deseado. Se redefinen actores y naciones a escalas planetarias, comenzando por la distinción entre países desarrollados y subdesarrollados, y con ello se implantan los modelos a imitar. En ese nivel se generan las institucionalidades globales (como las agencias multilaterales del desarrollo o los canales para que fluya la inversión), configurando un entramado que determina las acciones concretas realizadas en nombre del desarrollo (yendo desde la devaluación de una moneda nacional hasta, por ejemplo, la promoción del cultivo de palma africana para exportar biocombustibles). Todo ello se repite a nivel continental (por ejemplo, en la UNASUR, los países defienden su papel de proveedores

de materias primas), nacional (los planes de desarrollo propios de cada gobierno, sean explícitos o no), y local (como pueden ser los planes de desarrollo municipales).

Se defiende una historia lineal, con relatos de unos ejemplos a imitar y otros que, simplemente, deberían ser olvidados. Todos esos niveles están estrechamente vinculados unos con otros, y en todos ellos se expresan condiciones de poder, que en unos casos permiten apelar la imposición explícita, pero que en la mayor parte de las circunstancias discurren por medios más sutiles, en el plano de las ideas y la cultura. Es que el desarrollo es deseado y ambicionado por casi todos los actores político partidarios, se genera y reproduce en las academias e instituciones educativas, y se difunde culturalmente hacia las grandes mayorías.

Ese entramado de poder determina los criterios de verdad y falsedad sobre qué es el desarrollo, las razones para concebirlo como un proceso positivo, las concepciones aceptables sobre sus ideas constitutivas (tales como bienestar, eficiencia, crecimiento, etc.), e incluso las formas por las cuales interpretamos nuestras relaciones con el entorno social y natural. Dicho de otro modo, el desarrollo conforma y diseña cierto tipo de relacionalidades, y los objetos y temas que se insertan en ellas; los identifica, agrupa a unos y excluye a otros, los organiza. A su sombra han surgido conceptos de enorme influencia, como capital humano o capital natural, o se han redefinido otros, como eficiencia o inequidad, todos los cuales se pueden pensar de unas pocas maneras. Esta crítica postdesarrollista muestra que si bien el desarrollo no es un campo unificado, se repiten atributos básicos, y aparecen procesos de organización, legitimación y acción que son análogos.

De esta manera, el postdesarrollo es un abordaje muy potente que pone en evidencia que el desarrollo no es una mera cuestión técnica, basada en una pretensión de objetividad científica, sino que también debe ser abordado como un fenómeno cultural. Bajo su sombra se han suprimido culturas locales, se les ha aplicado una y otra vez el rótulo de atrasadas, y se han combatido sus resistencias. Esto hace que el desarrollo tenga un sesgo etnocentrado y contribuya a determinar la representación e identidad en los países del sur (Escobar, 1995). Eso se apoya en una petulancia tecnocrática para desechar los conocimientos que rotula como tradicionales.

Bajo las posturas convencionales, el desarrollo debería ser una cuestión propia de técnicos, y mejor si éstos provienen de los países industrializados o fueron educados en sus universidades, quienes desde

su posición de superioridad se imponen sobre distintas sociedades. Esta verticalidad a veces está revestida de un moralismo compasivo, donde las misiones de expertos llegan a un país del sur a “ayudar” a los “nativos”; en otros casos, se los impone por medios políticos y económicos (como los planes de ajuste estructural promovidos por el FMI y el Banco Mundial), y aún violentos (apelando a fuerzas estatales). Termina siendo, de este modo, una defensa de modelos e imágenes de sociedades occidentales industrializadas, economías capitalistas, y democracias liberales.

En la actualidad, se observan en América Latina diversos estilos de desarrollo, en unos casos más convencionales por seguir recostados sobre el mercado (como ocurre en Colombia, Chile o México), y en otros menos, dada la mayor presencia estatal, con intentos llamados “nacional popular” o “neodesarrollista” (por ejemplo, en Argentina, Brasil o Venezuela).

Estos gobiernos exhiben distintas diferencias entre ellos, y mucho se debate sobre ese asunto. Pero el postdesarrollo permite entender que esas diferencias no alcanzan los principios básicos que sostienen el desarrollo, sino que expresan distintas formas de llevarlo a cabo. Son divergencias instrumentales en, por caso, esperar que el crecimiento económico sea propulsado por la exportación de materias primas o la industrialización nacional, si debería ser llevado adelante por empresas privadas o por el Estado, si el gobierno debe captar mayores proporciones de riqueza para ampliar sus programas de lucha contra la pobreza o esperar que eso ocurra espontáneamente en el mercado, y así sucesivamente. Sea por la derecha o izquierda, más allá de las diferencias y resultados en sus desempeños, es impactante encontrar muchos elementos clave en común, como la insistencia en promover el crecimiento económico, la apelación al extractivismo, la inserción internacional subordinada, la búsqueda de exportaciones, etcétera.

Frente a estas diversidades y coincidencias, la crítica postdesarrollista ofrece una distinción clave: por un lado existirían los “desarrollos alternativos” y, por otro lado, las “alternativas al desarrollo” (por ejemplo, Escobar, 1995: 215). Bajo la primera opción se discuten las variedades posibles dentro del discurso del desarrollo, enfocándose en reformas que en realidad son instrumentales, ya que todas ellas se mantienen dentro de las ideas vertebrales del desarrollo, como son la fe en el crecimiento económico o la apropiación de la Naturaleza. La segunda opción, en cambio, apunta a trascender la propia idea del desarrollo; son alternativas más allá de su discurso contemporáneo. En la

formulación original de esa distinción, Escobar señala que la búsqueda de alternativas al desarrollo englobaba un grupo que, si bien diverso, compartía esas preocupaciones (mencionando entre otros, a algunos latinoamericanos como el colombiano Orlando Fals Borda y el mexicano Gustavo Esteva). A su vez, las alternativas estaban centradas, en ese momento, en conformar un discurso de la diferencia (entendiendo al discurso en su sentido amplio), y se le otorgaba especial atención a los movimientos de base popular que expresaban la resistencia al desarrollo y exploraban vías de transformación.

La distinción entre esas dos posturas sigue siendo válida en la actualidad, incluso para las circunstancias latinoamericanas. Muchas de las propuestas actuales representan “desarrollos alternativos”, como pueden ser las “locomotoras” del crecimiento en Colombia *versus* el “neodesenvolvimiento” brasileño. Son discusiones sobre cuáles deberían ser los principales “motores” del crecimiento (por ejemplo, materias primas, agroindustria o manufacturas), los mediadores (empresas privadas o estatales), las políticas de redistribución (como pueden ser el pago mensual de dinero a los sectores más pobres o un programa de incentivo para contratos laborales), los indicadores (las repetidas discusiones sobre la “línea de pobreza” o el PBI), el papel del capital (la atracción de inversores y los controles sobre los sectores financieros), y así sucesivamente.

El postdesarrollo también permite identificar discusiones que buscan trascender el discurso del desarrollo, hace visibles saberes y sensibilidades ocultos o subordinados, atiende a críticas antes desechadas, en particular las provenientes de los pueblos indígenas, y alienta nuevas hibridaciones en la exploración de alternativas. Éstas son las que nutren las “alternativas al desarrollo”. Es apropiado adelantar desde ya que el Buen Vivir constituye un ejemplo de una alternativa al desarrollo, tal como se discutirá más adelante.

La diversificación del postdesarrollo

Como se adelantó arriba, la versión del postdesarrollo de Escobar no fue la única crítica radical lanzada en la década de 1990. El uso del término se expandió a distintos cuestionamientos al desarrollo, los que a su vez originaron diferentes reacciones. Esto hace que sea necesario ofrecer, al menos, las distinciones más importantes entre esas posturas.

Por un lado existieron revisiones históricas de las ideas de desarrollo, prevaleciendo los cuestionamientos descriptivos antes que una deconstrucción bajo un marco analítico preciso. El ejemplo de este abordaje es Rist (1997), donde varias de sus críticas al desarrollo se acercan al postdesarrollo escobariano, pero están ubicadas en distintos marcos conceptuales (en unos momentos entiende que el desarrollo es una creencia, en otros sería una religión contemporánea, mito, paradigma, etc.) y, por lo tanto, no puede ser calificado como postestructuralista.

El rótulo de postdesarrollistas se repite con autores que elevaron críticas muy ácidas, lo cual llevó a que también fueron conocidos como anti-desarrollistas; los ejemplos son Gustavo Esteva (por ejemplo, Esteva, 1992), y Majid Rahnema (por ejemplo, Rahnema, 1997). Sus aportes tienen por momentos toques de esencialismo, en tanto el desarrollo aparece como una idea muy precisa, propia de la Modernidad occidental y que es impuesta sobre distintas culturas, las que a su vez son entendidas de manera muy esquemática. Estos autores defendían el rechazo a la Modernidad, el papel de movimientos sociales autoorganizados como promotores de alternativas, mirando con especial simpatía un cierto regreso a una agricultura tradicional (por ejemplo, Esteva y Prakash, 1998). Este abordaje no representa necesariamente un cuestionamiento enmarcado en el postestructuralismo.

Serge Latouche, uno de los promotores más conocidos del decrecimiento, también ha manejado el término postdesarrollo. Además, para algunos, el decrecimiento sería una expresión de postdesarrollo. Latouche apela al decrecimiento como un “estandarte tras el cual se agrupan aquellos que han procedido a una crítica radical del desarrollo y que quieren diseñar los contornos de un proyecto alternativo para una política del posdesarrollo” (por ejemplo, Latouche, 2009b). A pesar de esa invocación, Latouche se distancia del postdesarrollo, sosteniendo que éste no estaba interesado en “una alternativa relacionada con la sociedad” (Latouche, 2009b), una apreciación que es incorrecta. Asimismo, la crítica de Latouche contra el desarrollo es enérgica, a veces muy radical, pero no está sistematizada ni responde a un marco teórico claro; en algunos de sus libros termina siendo una larga lista de los errores y taras del desarrollo contemporáneo. En cambio, el postdesarrollo está claramente insertado en una crítica postestructuralista, con su bagaje de instrumentos y conceptos de análisis.

Si bien hay un acuerdo en criticar las metas del crecimiento económico entre el postdesarrollo escobariano y el decrecimiento, las

propuestas alternativas de Latouche son posiblemente su flanco más débil. Muchas de ellas son arreglos instrumentales, sin una articulación evidente, carecen de componentes multiculturales, y su agenda de renovación política es muy acotada (por momentos representando desarrollos alternativos). El postdesarrollo escobariano toma elementos como las diversidades culturales o la recuperación de otra relación con la Naturaleza, ausentes en el decrecimiento de Latouche. Esto no quiere decir, por supuesto, que en las alternativas al desarrollo no exista un papel importante para un decrecimiento del consumo y economías, especialmente en los países industrializados, pero esa tarea estará ubicada en otros marcos conceptuales.

Otro abordaje a la deconstrucción del desarrollo está presente en algunas de las posturas de la colonialidad del saber (inspiradas directa, o indirectamente en los trabajos de Aníbal Quijano; por ejemplo, Quijano, 2000). Estas vinculaciones son esperables, en tanto el postdesarrollo desnudaba las imposiciones coloniales pero, además, por la propia vinculación de Escobar con los estudios sobre colonialidad del poder y modernidad (por ejemplo, Escobar, 2003).

A su vez, más recientemente, han surgido en muchos espacios y en distintos países, diversos análisis, declaraciones de movimientos sociales e incluso notas de prensa, que usan el término postdesarrollo se utiliza en forma difusa para describir visiones de alternativas futuras al desarrollo convencional actual. En varios casos, el prefijo “post” tiene un sentido temporal, donde casi siempre alude a un futuro alternativo al capitalismo contemporáneo.

Queda en claro que nos encontramos ante varios usos del término postdesarrollo, e incluso se ha intentado clasificarlas (por ejemplo, Ziai, 2004, distingue entre miradas más escépticas y rigurosas, y otras más rígidas y neopopulistas). Aquí se sigue una distinción que es más simple, donde por un lado se encuentra un postdesarrollo basado en una crítica postestructuralista (que corresponde a Escobar en sus primeros escritos), y otro, más difuso y amplio, donde las críticas al desarrollo expresan otros fundamentos teóricos (sean explícitos o implícitos).

Reacciones contra el postdesarrollo y lecciones aprendidas

Las formulaciones iniciales del postdesarrollo, sea en sentido estricto como en sus usos ampliados, despertaron rápidamente reacciones de

rechazo. Se entendía que el desarrollo era una misión esencialmente positiva y necesaria, de donde cuestionamientos como los de Escobar, Esteve o Rist implicaban el riesgo de detener el progreso en los países del sur. No es posible revisar en detalle esas polémicas por razones de espacio, pero es oportuno señalar algunos aspectos destacados.

Muchos cuestionamientos confundían las distintas variedades de postdesarrollo, atacándolas como si fueran una unidad y sus argumentos pudieran ser intercambiables entre ellas (ejemplos de esto son Agrawal, 1996 y Corbridge, 1998). Varios señalaron que la crítica postdesarrollista interpretaba al desarrollo como una unidad monolítica, sin entender las variedades que hay a su interior, y cuyas aplicaciones también pueden tener resultados diversos (por ejemplo, Storey, 2000). Aunque algunos admiten problemas con ciertas implementaciones del desarrollo, señalaban que eso se debía a incorrectas aplicaciones, interferencias de gobiernos o privados, o problemas de planificación, no aceptan que los objetivos del crecimiento fuesen equivocados, concluyendo que un balance final sería positivo (Corbridge, 1998). También se caricaturizó al postdesarrollo como una expresión antimoderna en general, antieuropea en particular (Nederveen Pieterse, 2000). Si el desarrollo convencional era tan malo, entonces el postdesarrollo debía presentar alternativas superadoras concretas, una tarea que no lograba realizar con éxito (Kiely, 1999).

En cambio, otros no atacaron al postdesarrollo por ser una herramienta crítica, sino por asumir que todas las soluciones provendrían de los movimientos sociales, desembocando lo que a juicio de esos autores serían posturas románticas, incapaces de reconocer contradicciones y diversidades en la sociedad civil (Storey, 2000). No faltaron quienes señalaron que, a pesar de invocar a Foucault, el postdesarrollo era una expresión postestructuralista empobrecida (Ziai, 2004). Finalmente, algunos sostuvieron que el postdesarrollo equivocaba el objetivo a atacar, donde éste no era el desarrollo, sino el capitalismo o la pobreza (Kiely, 1999 o Nederveen Pieterse, 2000). Es oportuno adelantar aquí que es muy llamativo que muchos de estos rechazos expresen argumentos muy similares a los empleados actualmente para cuestionar al Buen Vivir.

Las resistencias y cuestionamientos al postdesarrollo fueron respondidas en aquellos años (por ejemplo, Escobar, 2000). En el caso específico del postdesarrollo escobariano, debe advertirse que varios de los cuestionamientos no entendían, o no aceptaban, su marco de partida postestructuralista. Por lo tanto, se cuestionaba al postdesarrollo desde

una perspectiva de racionalidad técnica y una sensibilidad modernizadora, la que estaba en el centro de la propia crítica. También se le pedía generar modelos alternativos concretos, sin reconocer su especificidad como instrumento de deconstrucción. El diálogo con esos críticos se volvió problemático, ya que los autores se encontraban en marcos conceptuales muy distintos (desatendiéndose, por ejemplo, los diferentes sentidos que se le daba al concepto de “discurso”).

Un buen ejemplo de esto es Nederveen Pieterse (2000), quien critica ácidamente al postdesarrollo, pero termina defendiendo a la Modernidad como medio para lo que considera sus aspectos más positivos (que a su juicio son la democratización, las tecnologías blandas o la reflexividad). Pero no entiende que es precisamente su defensa de la Modernidad (especialmente por los atributos destacados que le otorga), la que también es objeto de evaluación, crítica y deconstrucción desde el postdesarrollo. No pasó desapercibido, tampoco, que prácticamente todas las críticas del postdesarrollo provenían de varones, blancos, y ubicados en el norte (Escobar, 2000), lo cual habla mucho de un etnocentrismo cultural que sigue apegado a la Modernidad. A pesar de intentos de reconocer estos distintos marcos conceptuales y buscar las complementariedades posibles (por ejemplo, Tamas, 2004), parecería que persistió un diálogo de sordos (Nederveen Pieterse repite, diez años después, esencialmente las mismas críticas al postdesarrollo sin intentar aprehender su especificidad postestructuralista; Nederveen Pieterse, 2009).

Estas polémicas arrojan al menos dos lecciones para tener presentes en las circunstancias actuales. En primer lugar, se debe reconocer que el postdesarrollo hace lecturas que muchas veces oscurecen las variedades de desarrollo, las tensiones que existen entre ellas, y las diferentes oportunidades que brindan para las alternativas. Aunque Escobar (2000) reconoce esto (al menos en parte), advierte que el proyecto del postdesarrollo no es generar una “mejor teoría” del desarrollo o describirlo en términos realistas (como los emprendimientos que realmente ocurren en los distintos países). Esas tareas son parte del trabajo de quienes están “dentro” del desarrollo, mientras que para el postdesarrollo éstos son justamente aspectos a deconstruir. En la actualidad, como se verá más abajo, esa diversidad de desarrollos es nuevamente muy evidente, y debería ser manejada de mejor manera en una actualización del postdesarrollo.

En segundo lugar, varias advertencias sobre una lectura simplista de los movimientos sociales tienen méritos. Es cierto que en el seno de

la sociedad civil se expresan muchas corrientes, y que entre ellas siguen prevaleciendo las que reclaman “más” desarrollo (incluso entre grupos indígenas y campesinos). Pero este reconocimiento no implica quedar ciego ante las múltiples formas de resistencia, críticas y alternativas frente al desarrollo que también parten de la sociedad civil. Dicho de otro modo, en muchas de esas expresiones hay una crítica postdesarrollista, más allá de que sus protagonistas usen o no ese término. Esa vitalidad no puede ser rechazada calificándola de simplista, romántica o populista, y es particularmente vigente en el momento actual.

Entre el instrumento crítico y las alternativas

El debate resumido más arriba demostró también que no eran muy claras las vinculaciones entre el postdesarrollo como instrumento crítico y como promotor de alternativas al desarrollo. Ese solapamiento está en los primeros escritos sobre postdesarrollo, y fueron el objeto de los cuestionamientos que se acaban de mencionar arriba. Pero la dificultad no se resolvió, sino que incluso aumentó en tanto el propio Escobar, en artículos más recientes, pasó a entender el postdesarrollo tanto como una crítica como un conjunto de alternativas. Este postdesarrollo de “segunda generación” incorpora elementos enfocados en las alternativas al desarrollo, como pueden ser la creación de nuevos discursos y representaciones, diversificar los agentes de producción del conocimiento o apoyar resistencias (Escobar, 2005). En el nuevo prólogo a su libro sobre desarrollo (Escobar, 2012), se vincula el postdesarrollo con “discursos de transición”, los que expresarían nuevas características, tales como una mayor complejidad epistémica (intercultural e interepistémica) e incluso ontológica, moviéndose de las concepciones Modernas a una pluralidad de cosmovisiones. Queda abierta entonces la cuestión de si el postdesarrollo debería ser exclusivamente un instrumento crítico, o bien, si debería incluir en su propio seno algunas de esas alternativas, tomando partido por unos ciertos sujetos de cambio sobre otros.

En este punto es necesario hacer una pausa, y sopesar las implicancias de esta expansión. El postdesarrollo de segunda generación ganaría en expresar con mayor claridad sus apuestas alternativas (éste era uno de los puntos que se le criticó tempranamente). Pero pierde buena parte de su especificidad; deja de ser un instrumento específico de deconstrucción y crítica, y se las mezcla con la elaboración de

alternativas, donde las necesidades son otras. A su vez, el énfasis en las alternativas podría limitar las capacidades del postdesarrollo como crítica, imponiendo condiciones a la deconstrucción para favorecer las alternativas deseadas. Advertir estos problemas no implica rechazar la urgencia en buscar esas alternativas, sino que sirve para entender que esa mezcla termina en una confusión metodológica.

Más allá de compartir el espíritu de las alternativas que defiende Escobar, no parece apropiada esa expansión. La fortaleza del postdesarrollo reside en su capacidad de crítica y deconstrucción, está diseñado para ese fin, y esto le brinda un campo de acción claro. Pero no está diseñado para construir y elaborar alternativas, su base conceptual y metodología no tienen esa finalidad, y no puede ser evaluado sobre ese tipo de resultados. Es evidente que una crítica y deconstrucción de ese tipo abre las puertas a muchas alternativas, y permitía hacer visibles opciones antes desatendidas o impensadas. Pero esto no debe llevar a confundir una herramienta de crítica con una promesa de cambio. En efecto, la construcción de alternativas y su evaluación nos coloca ya en otro terreno, donde se necesitará de otro instrumental.

La necesidad del postdesarrollo

De todos modos, algunos podrían entender que la tarea realmente importante en la actualidad radica en proponer alternativas sustantivas, y que las críticas, como las del postdesarrollo, perdieron su originalidad y no agregan nada nuevo. ¿Hay un lugar para el postdesarrollo al promediar la década de 2010?

La respuesta es un sí rotundo. Es más, el estado actual del campo de los desarrollos posee particularidades que hacen de la deconstrucción del postdesarrollo un asunto indispensable. Es que las ideas del desarrollo siguen generando tanto adhesiones como rechazos, pero a la vez se han vuelto más viscosas y los extremos se desvanecen. Persisten ideologías dispares, incluso algunas muy distantes entre sí, tales como las que separan al Partido Comunista de China del consejo de ministros del gobierno conservador británico, pero todos ellos terminan repitiendo las mismas ideas básicas sobre el crecimiento económico, la defensa del capital o la obsesión con el consumo.

Recordemos que en 2008 estalla una crisis económico financiera en Estados Unidos, desde allí se expandió a otras naciones industrializadas,

para terminar con efectos globales (un análisis de la multidimensionalidad de esta crisis en Callinicos, 2010). En pocos meses la confianza en la globalización económico financiera se resquebrajó, resucitaron diversas perspectivas económicas heterodoxas, y los debates sobre el desarrollo cobraron mayor notoriedad. Pero pasaron unos pocos años, y si bien quebraron algunas corporaciones, otras las reemplazaron, al final de cuentas, el capitalismo no se desplomó. Por el contrario: sigue avanzando la liberalización de los mercados y los flujos financieros, el neoliberalismo sigue vivo en varios sitios (Crouch, 2012), las modas, apetencias y deseos de consumo occidentales llegaban a los rincones más apartados del planeta. Incluso en países como China o Vietnam amplios sectores sociales se vuelcan hacia los modos de producción y consumo capitalista (véanse, por ejemplo, los impactantes indicadores del consumo de lujo chino en IB, 2012).

Un ejemplo de la disolución de las diferencias hacia un consenso desarrollista es ofrecido por Justin Yifu Lin, quien fuera economista jefe y vicepresidente del Banco Mundial de 2008 a 2012. Lin nació en Taiwán, donde obtuvo un MBA, para enseguida desertar del ejército de ese país y refugiarse en la República Popular de China. En Pekín obtuvo una maestría en economía política marxista, pero luego ganó una beca para un doctorado en la Universidad de Chicago en la década de 1980. Por si fuera poco, Lin retornó a China donde escaló en varias posiciones hasta convertirse en el número dos del Banco Mundial. Sus aportes teóricos mezclan el marxismo con el keynesianismo, el control estatal con el llamado al mercado libre, y un repetido llamado a una modernización industrial (véase, por ejemplo, la entrevista Yifu Lin, 2011). Éste es un ejemplo notable donde si bien se podrían mantener la formalidad de las diferencias entre monetaristas y marxistas, ahora se los puede fusionar y superponer sin que ello genere ninguna reacción y, por el contrario, sea festejado por el Banco Mundial. Esta es una evidencia muy clara de la fortaleza del núcleo vertebral de las ideas del desarrollo.

En América Latina sucede algo similar: parecerían existir diferencias notables entre el gobierno de Hugo Chávez en Venezuela y el de Sebastián Piñera en Chile, o entre los de Peña Nieto en México y Evo Morales en Bolivia, y por cierto las hay en varios asuntos, pero también hay coincidencias impactantes, como son sus estilos de desarrollo extractivistas, volcados en la exportación de materias primas.

Muchos de los instrumentos de análisis clásicos quedan atrapados en los niveles superficiales, como pueden ser las diferencias políticas entre administraciones que se proclaman de izquierda frente a otras conservadoras. Y no logran salir de allí, de donde el campo de las alternativas siempre estará entre elegir un Chávez o un Piñera. En cambio, el instrumento del postdesarrollo permite hacer evidente el impacto de esas estrategias de desarrollo sobre comunidades locales, los ambientes naturales, y las imposiciones que una y otra vez se hacen en nombre del desarrollo. Es por estas razones, y en particular en América Latina, que se hace tan necesario retomar la crítica postdesarrollista en su espíritu original.

Los gobiernos del llamado progresismo, sin duda representan alternativas de izquierda si son comparados con las administraciones previas, de inspiración neoliberal. Si bien exhiben distintos énfasis y prácticas, todas invocan compromisos con los sectores populares, la regulación de los mercados y un fortalecimiento del Estado, entre otras particularidades. Pero no ha pasado desapercibido que esos gobiernos también buscan el crecimiento económico, volviendo a caer en el papel de ser proveedores de materias primas en la globalización, y que la bonanza económica que disfrutaban es volcada por un lado a programas de asistencia y, por otro, al consumo material convencional, todo lo cual sólo es posible ignorando los impactos sociales y ambientales de los extractivismos (Gudynas, 2010). En suma, más allá de las etiquetas, en ellos se expresan distintas variedades dentro de las ideas convencionales del desarrollo.

Este breve y esquemático repaso del pasado reciente tiene unas implicaciones directas para la mirada postdesarrollista. Es que a pesar de la crisis global y de los recambios políticos hacia la izquierda en el sur, aparecen una y otra vez ideas sobre el desarrollo que se repiten en todos los países, y bajo regímenes políticos muy diversos. En una capital europea se discute cómo rescatar un banco, en los Andes se promueve la minería a cielo abierto, y delegados gubernamentales chinos planifican sus inversiones a escala mundial, y así sucesivamente aquel viejo desarrollo que parecía caduco, en realidad permanece vigente. Las aproximaciones analíticas tradicionales son incapaces de lidiar adecuadamente con esta nueva viscosidad, donde Marx y Keynes se superponen, o Cristina F. de Kirchner en Argentina y Peña Nieto en México quieren fervorosamente expandir la minería.

El desarrollo, más allá de sus variedades, es un conjunto de ideas que se hibrida bajo diferentes contextos culturales y se adapta a las circunstancias políticas. Pero las esencias, tal como fueron descritas arriba, persisten. Por momentos se acumulan las críticas al desarrollo, y parecería que éste está a punto de morir, pero al poco tiempo regresa. En otros sitios he descrito esta situación sosteniendo que el desarrollo es una categoría “zombi”, que está muerta y viva a la vez.

La crítica del postdesarrollo es la que está mejor preparada para lidiar en esa viscosidad de las categorías zombis. Esto se debe a su efectividad en identificar los elementos centrales del discurso, las permanencias que resisten los momentos de crisis, y que son recuperadas y readaptadas para cada momento y cada sitio. Entretanto, otros abordajes conceptuales se encuentran inmovilizados por la incapacidad en comprender, por ejemplo, el supuesto desplome de las ideas neoliberales en 2008 y su vigencia silenciosa en 2010.

Por este tipo de razones, en el presente artículo se defiende un regreso al postdesarrollo en su sentido acotado: es un instrumento postestructuralista para la deconstrucción del desarrollo en sus bases conceptuales, prácticas y legitimaciones. En palabras más simples, hace preguntas que otros instrumentos no son capaces de formular. Éste es un postdesarrollo más estrecho, pero más agudo.

Bajo esta precisión, la elaboración de alternativas no es parte del postdesarrollo. Sin duda existen vinculaciones entre esos dos campos, pues la deconstrucción permite, y señala, nuevos rumbos, pero éstas siguen siendo tareas distintas. Además, el postdesarrollo no puede predecir las características que tendrían las alternativas, e incluso podrán haberlas de variado tipo, algunas positivas y otras negativas en sentidos distintos.

Este tipo de relatividad siempre despierta resistencias, tal como se vio arriba, en tanto se espera que toda conceptualización lleve a un curso de acciones más o menos preciso. En cambio, el postdesarrollo se abre a múltiples senderos (sobre esta perspectiva, véase a Tamas, 2004). La determinación de las cualidades de cada uno, y los balances de sus ventajas y desventajas, requiere de otras aproximaciones, que a su vez determinarán sus propias evaluaciones. Pero esto no impide que el postdesarrollo también sea evaluado, y esto debe hacerse en relación con sus capacidades en generar preguntas, cuestionamientos o desmontar ideas, de manera efectiva, rigurosa y sistemática, e incluso en sus capacidades de descubrir nuestras propias ignorancias y resistencias.

Una clasificación de las alternativas desde el postdesarrollo

Una vez precisado y actualizado el postdesarrollo es posible aplicarlo para ordenar las variedades de desarrollo. Sigue siendo válida la distinción entre dos tipos de posturas: los “desarrollos alternativos” y las “alternativas al desarrollo”. Bajo las primeras, se mantienen los elementos esenciales que sustentan las ideas del desarrollo, y la discusión se centra entre diferentes variedades de éste. En las segundas, se buscan opciones de cambio que están más allá de esas bases conceptuales. En el cuadro 1, se presenta una enumeración de las principales variedades en cada caso.

Entre los desarrollos alternativos se encuentran, por ejemplo, las estrategias que buscan recuperar el papel del control estatal sobre el mercado, las que oponen un desarrollo socialista a uno capitalista, o los modelos endógenos. Estas diferentes opciones se pueden ordenar de acuerdo a cómo abordan las soluciones instrumentales, el papel del capital y la propiedad, o las dimensiones sociales o ambientales. Cada una de ellas representó en su momento una crítica a las visiones más ortodoxas del desarrollo (por ejemplo, el regreso del neodesarrollismo estatal sudamericano es sin duda un avance frente a las estrategias pasadas de talante neoliberal). Pero la capacidad de cambio siempre estuvo limitada, sea porque los elementos medulares del desarrollo se reorganizaron para incorporar los cuestionamientos, o porque desde su aplicación terminaron en desempeños mucho más tradicionales de lo esperado.

Un caso conocido fue la idea de desarrollo humano, que en un momento inicial estaba cargada de cuestionamientos contra las visiones centradas en el crecimiento económico, pero terminó absorbida y acoplada a éste gracias a los informes anuales en esa materia del PNUD. Otro tanto sucedió con varias críticas ambientales, que alertaban sobre la imposibilidad del crecimiento económico perpetuo, pero que fueron absorbidas mediante nuevas variedades de desarrollo sostenible, donde la conservación económica es reinterpretada como condición para mantener la expansión económica.

Ante procesos de este tipo, actualmente en marcha, aparecen análisis críticos radicales y respuestas ciudadanas. En América Latina, casos de este tipo son las distintas denuncias de las estrategias neodesarrollistas de los gobiernos progresistas, y en especial en sus expresiones extractivistas por ignorar los impactos sociales y ambientales, el señalamiento de que

Cuadro 1. Clasificación provisoria de los dos tipos de respuestas resultantes de la crítica del postdesarrollo

Desarrollos alternativos

- *Alternativas instrumentales clásicas.*
Reparación de los efectos negativos, mecanismos de compensación económica, nuevo desarrollismo, nuevo extractivismo progresista.
 - *Alternativas que enfatizan las estructuras y los procesos económicos, el papel del capital y un protagonismo estatal.*
Estructuralismo temprano, marxismo y neomarxismo, dependentismo, neo-estructuralismo, desarrollo nacional-popular, socialismo del siglo XXI.
 - *Alternativas que enfatizan la dimensión social.*
Límites sociales del crecimiento, desacople economía-desarrollo, énfasis en empleo y pobreza.
Desarrollo humano, enfoque en las necesidades humanas.
Desarrollo endógeno.
Otras economías (doméstica, informales, campesina, indígena).
 - *Alternativas que reaccionan a los impactos ambientales.*
Ecodesarrollo, sustentabilidad débil y parte de la sustentabilidad fuerte.
-

Alternativas al desarrollo

- Convivencialidad.
 - Desarrollo sustentable súper-fuerte, biocentrismo, ecología profunda.
 - Crítica feminista, ética del cuidado.
 - Desmaterialización de las economías.
 - Multiculturalismo / interculturalismo expandido.
 - Ontologías relacionales.
 - Buen Vivir (algunas manifestaciones).
-

Fuente: Basado y modificado de Gudynas (2011b).

el “socialismo del siglo XXI” sigue sin incorporar temas como género, ambiente o pueblos indígenas, o el señalamiento de que la “economía verde” acentúa la mercantilización de la Naturaleza. Muchas de las críticas que hoy en día se elaboran frente a estas cuestiones corresponden al espíritu del postdesarrollo, más allá de si sus responsables utilizan o no ese término.

Es por este tipo de razones que una renovación del postdesarrollo cobra enorme vigencia, pues permite una disección radical de los estilos de desarrollo que no queda atrapada en la superficialidad, y permite diferenciar los alcances de las distintas alternativas en juego. Es más, el postdesarrollo mejora las condiciones para adentrarse en las opciones que están más allá de las ideas básicas del desarrollo.

Esas “alternativas al desarrollo” no son una novedad reciente y existen varios antecedentes. Entre algunos de los primeros intentos se deben destacar las propuestas de Ivan Illich, como la elaborada en la década de 1970, sobre la convivencialidad (Illich, 2006). Ésta incluyó tanto críticas al desarrollo como alternativas. Entre las primeras se cuestionó radicalmente al desarrollo, y en especial al papel que desempeñaba la educación y tecnologías convencionales (y que el autor expandió en otras obras a más sectores), o su alerta sobre diseconomías, donde un proceso productivo tiene efectos paradójales negativos (por ejemplo, la medicina que genera más enfermedades). Illich también alertó sobre el monopolio tecnológico radical, que desplaza otras opciones y saberes. El tono de la crítica de Illich de alguna manera preanuncia al postdesarrollo, ya que apunta a las bases conceptuales del desarrollo. A partir de esos cuestionamientos se postulan como alternativas, por ejemplo, la desprofesionalización, la desescolarización para apelar a otros espacios educativos, y así sucesivamente. De esta manera, la convivencialidad aparece como una alternativa al consumo e industrialización, que en buena medida está basada en un regreso a la ética.

Otros ejemplos provienen de algunas corrientes del ambientalismo en las cuales, por un lado permanece la crítica sustancial al mito del crecimiento económico perpetuo y, por el otro, defienden a la Naturaleza como un sujeto de derechos. Aquí se encuentran dos expresiones en buena medida independientes entre sí: el biocentrismo y la ecología profunda de origen europeo, y el reconocimiento de los Derechos de la Naturaleza en Ecuador. Otros aportes sustanciales vienen de la crítica feminista, tanto en las expresiones que denuncian la cultura patriarcal como las que exploran las llamadas éticas del cuidado. Algunos de los

modelos de desmaterialización de las economías deben ser listados entre estas alternativas, ya que implican procesos productivos radicalmente diferentes, condicionan los patrones de consumo y se vuelcan a estilos de vida más austeros. También hay antecedentes de expresiones que descansan sobre la diversidad de saberes de los pueblos indígenas; éstas son construcciones multiculturales o interculturales.¹

Como puede verse, muchas de estas alternativas al desarrollo implican distintos tipos de rupturas con ideas básicas del programa de la Modernidad, en tanto éstas son las que sustentan el desarrollo en sus distintas versiones. Entre ellas se encuentra, por ejemplo, el cuestionamiento a la linealidad de la historia, la renuncia a la fe en el progreso, la imposición cultural occidental, el cuestionamiento a la dualidad sociedad – Naturaleza, etc. De esta manera se llega a alternativas que pueden ser englobadas bajo el término genérico de ontologías expandidas de tipo relacional (véase sobre esto a Blaser, 2010).

Este esquemático repaso de las alternativas al desarrollo permite desembocar en el Buen Vivir. Bajo ese término se engloban distintos debates en marcha que son tanto una crítica radical al desarrollo, como un abanico de alternativas. La sección siguiente ofrece un resumen de las actuales posturas sobre el Buen Vivir.

El Buen Vivir como una alternativa al desarrollo

El Buen Vivir (o Vivir Bien) es un conjunto de ideas que partieron desde los países andinos y, gracias a su enorme potencial, han ganado en penetración y difusión. Esto obliga a que, en primer lugar, se distingan los usos de esos términos (basado en Gudynas, 2012).

Por un lado se debe reconocer un uso genérico, donde el Buen Vivir se utiliza para muy variadas críticas al desarrollo, usualmente superficiales, o bien, como etiqueta para la difusión o publicidad de diversas acciones gubernamentales (como sucede en Bolivia y Ecuador). Un segundo abordaje es más restringido, pues aparece en cuestionamientos más profundos, a veces más radicales, sobre el desarrollo, pero en el marco de los desarrollos alternativos. Ejemplos de esta situación son las reformulaciones de algunas críticas de inspiración socialista que pasan

¹ Aquí no se entra a una discusión sobre los sentidos posibles de multiculturalismo e interculturalismo por problemas de espacio.

a usar esta etiqueta, pero que en su esencia se mantienen dentro de las corrientes clásicas, o bien híbridos entre un socialismo y un liberalismo republicano (como son las tesis del Buen Vivir como un biosocialismo republicano que postula R. Ramírez, quien fuera secretario de planificación del desarrollo del gobierno de R. Correa en Ecuador; véase Ramírez, 2010). Otros casos son los llamados al Vivir Bien del gobierno de Evo Morales en Bolivia, acompañado de distintas críticas al capitalismo, mientras las acciones concretas regresan a desarrollos convencionales.

Finalmente, existe un tercer abordaje al Buen Vivir, que ofrece tanto una crítica sustancial al desarrollo como alternativas que están más allá de ese discurso. Éste es un Buen Vivir que se nutre tanto de críticas occidentales como de algunos componentes de los saberes indígenas, y al ser simultáneamente postcapitalista y postsocialista, se orienta a estar más allá de la Modernidad. Al poseer componentes de crítica radical a las ideas de desarrollo, se vuelven claras las coincidencias con el postdesarrollo. Dicho de otra manera, el Buen Vivir representa una de las respuestas alternativas a la crítica postdesarrollista más interesantes en el momento actual. En el resto del presente texto se aborda el Buen Vivir en este tercer sentido (una descripción más detallada en Gudynas, 2011, y Acosta, 2012).

Como se adelantó antes, el Buen Vivir cobró protagonismo en los países andinos. Entre las primeras elaboraciones que apuntaban en este sentido se encuentran, por ejemplo, los trabajos de PRATEC (Proyecto Andino de Tecnologías Campesinas), en Perú, desde fines de la década de 1980, volcado a lo que denominan como “núcleos de afirmación cultural” que promueven una “crianza” de la diversidad en todas sus manifestaciones (un ejemplo de su trabajo en PRATEC, 2002). Al poco tiempo, esta idea se fortaleció tanto en Bolivia como en Ecuador, articulándose en el debate político durante los procesos de salida de gobiernos neoliberales y la llegada del progresismo, debido a factores como el empuje de los movimientos indígenas, un cambio de la valoración en otros sectores ciudadanos para observar esas ideas con mayor respeto, y el apoyo que en esas etapas iniciales brindaba la nueva izquierda. En ese cambio de rumbo político, el Buen Vivir logró incluso llegar a los debates constitucionales (aunque con diferencias sustanciales en los casos de Ecuador y Bolivia; véase Gudynas y Acosta, 2011). También aparece en los planes de desarrollo nacionales en Ecuador y Bolivia.

Es necesario comenzar por señalar que el Buen Vivir no debe ser confundido con una nueva versión de la idea de bienestar. Este último

concepto es parte de algunas corrientes tradicionales del desarrollo, donde se lo asocia con los niveles de consumo o ingreso, o el acceso a bienes y servicios. En cambio, las ideas del Buen Vivir engloban críticas enfocadas en las bases conceptuales que sostienen esos componentes propios del desarrollo, como ingreso, consumo, entre otros.

En efecto, el Buen Vivir ataca las ideas vertebrales del desarrollo, como puede ser la del progreso, la separación entre Naturaleza y sociedad o el crecimiento económico como motor del desarrollo. Los aportes de distintos saberes indígenas han sido fundamentales en esa tarea, ya que brindan conceptualizaciones y sensibilidades sobre qué es una buena vida, que no incluyen ideas análogas a un desarrollo o a un progreso, ni que están restringidos al consumo material. Entre los más conocidos aportes para el Buen Vivir se encuentran las ideas del *sumak kawsay* de los kichwas de Ecuador, y el *suma qamaña* de los aymara de Bolivia. Otros ejemplos en el mismo sentido se encuentran en las ideas de *ñande reko* de los guaraníes, el *shiir waras* de los ashuar de la Amazonia ecuatoriana, e incluso para los mapuches del sur de Chile hay similitudes con su *kume morgen*.

Luis Macas, un dirigente indígena ecuatoriano, califica al *sumak kawsay* como un estado de plenitud de toda la comunidad vital dada en la interacción entre la existencia humana y natural (Macas, 2011). A su vez, una de las versiones más conocidas del *suma qamaña* boliviano lo concibe como una buena vida, pero que sólo es posible en la comunidad humana y natural propia de la territorialidad del *ayllu* andino (por ejemplo, Yampara, 2001).

Bajo estas y otras posturas, lo que corrientemente se entiende por bienestar está basado en atributos tanto materiales, como afectivos y espirituales, expresados no sólo individualmente, sino en una comunidad social y un contexto ecológico. En palabras más simples, a riesgo de caer en un esquematismo, desde el Buen Vivir, la buena vida requiere alcanzar ciertas condiciones personales, pero a la vez, éstas sólo son posibles insertados en una comunidad social y una comunidad ecológica. El *suma qamaña* en la versión de Yampara apunta en este sentido, ya que ese Buen Vivir sólo se puede desenvolver en una comunidad, aunque aquí el sentido de comunidad se expande en incorporar el mundo social y natural, y esto sólo ocurre en el marco ecológico andino, cristalizado en el concepto de *ayllu*. En cambio, el *sumak kawsay* ecuatoriano si bien mantiene el requisito de una comunidad social y natural, no está enmarcado en una idea análoga a la del *ayllu*.

Tampoco puede desatenderse que dentro de la diversidad de posiciones que existen en el seno de la sociedad civil, existirán usos de la idea del Buen Vivir que pierden esos atributos de ruptura y se asemejan al desarrollo convencional, incluso en comunidades indígenas o campesinas. Es importante tener presente esta lección aprendida del debate del postdesarrollo para evitar un abordaje esencialista y romántico del aporte de algunos movimientos sociales. Estudios etnográficos más recientes muestran esas variedades (trabajos recientes en Bolivia señalan que allí donde aumenta la urbanización y las vinculaciones económicas y comerciales, el uso del Buen Vivir se superpone con el de desarrollo; Mamani *et al.*, 2012).

Se llega así a un elemento clave en la actual discusión sobre el Buen Vivir: es un campo plural y en construcción. La pluralidad se debe tanto a los diversos saberes y sensibilidades indígenas como a la participación de posturas críticas que provienen de la propia Modernidad occidental, y que buscaban su transformación. Entre esos aportes, los más destacados para el Buen Vivir son el feminismo crítico y el ecologismo radical, en particular las posiciones biocéntricas que defienden los Derechos de la Naturaleza.

De esta manera, el Buen Vivir debe ser entendido como un campo plural, donde se comparten tanto críticas como orientaciones alternativas. No debe pretenderse encontrar un decálogo preciso, un listado de principios ni un manual de acciones. En esa pluralidad, el *suma qamaña* boliviano y el *sumak kawsay* ecuatoriano son ejemplos del Buen Vivir, pero éstos no son idénticos entre sí, y no puede transplantarse uno con el otro. Asimismo, el biocentrismo es distinto del *suma qamaña* y el *sumak kawsay*. Esta diversidad no refleja una debilidad, ya que las alternativas del Buen Vivir necesariamente deben estar ajustadas a cada historia, contexto cultural y marco ecológico; cualquier intento de imponer un mismo recetario invalidaría esta condición básica.

Esta diversidad tampoco implica que cualquier crítica al desarrollo sea representativa del Buen Vivir. Existen coincidencias, que explican la concurrencia de esas diversas posturas en una misma plataforma, y también hay fronteras que permiten delimitar este conjunto de otros.

Entre los elementos clave compartidos en el seno del Buen Vivir se encuentran las concepciones no lineales de la historia, reconociendo la multiplicidad de los procesos históricos. Con esto se abandona la insistencia en que hay una historia privilegiada, que las demás culturas deberían imitar y sus pasos a seguir. Se rechaza la idea del progreso como

elemento central del desarrollo. Con ello también se hace posible tomar distancia de las imposturas instrumentales y manipuladoras propias de la ciencia cartesiana, y puede hacerse visible una diversidad de saberes, tanto técnicos como vernáculos, en un mismo nivel de jerarquía. Obsérvese que bajo este tipo de factores, la centralidad occidental queda desplazada, y esto hace posibles los intentos en quebrar la colonialidad del poder.

En el Buen Vivir se comparten posturas que no aceptan la dualidad sociedad-Naturaleza, lo que tiene varias implicancias. Entre las más destacadas se encuentra aceptar concepciones de las personas inmersas en relacionalidades muy estrechas, recíprocas y con distintos grados de equivalencia, expandidas a otros elementos, que pueden ser otros seres vivos, elementos inanimados. Por lo tanto, lo que podría llamarse una “comunidad” no sólo integra a los seres humanos, sino que puede incorporar además a ciertos animales, plantas, montañas o rocas, los cuales se expresan e interactúan con los humanos de diversas maneras. Concepciones de este tipo representan ontologías relacionales, donde no hay una separación entre un mundo social y otro natural, sino que los elementos de uno y otros coexisten, se vinculan mutuamente, y son interdependientes. Por cierto, la forma en que esto se organiza, expresa y discurre es distinta, por ejemplo, entre un ambientalista biocéntrico o un ashuar viviendo en la selva amazónica, pero el punto es que en ambos casos, a pesar de las diferencias, la separación entre sociedad y Naturaleza es desatendida.

En el mismo sentido opera el reconocimiento de los valores intrínsecos en el ambiente, con lo cual inmediatamente se reconocen los Derechos de la Naturaleza. El impacto de este giro no siempre es reconocido, pero es oportuno precisar que implica una ruptura con toda la tradición de la Modernidad, pues en ella, a partir de la dualidad que separa el mundo humano del natural, solamente los seres humanos, como agentes con voluntad propia y moralidad, son los sujetos de valor, mientras el resto del entorno sólo es objeto de valores. Este tipo de valoración, que está en el centro de las estrategias actuales de desarrollo, ha sido llevado a un extremo con la aplicación de valores económicos sobre la Naturaleza, y su fragmentación en mercaderías ahora llamadas “bienes y servicios ambientales”. De esta manera, el entorno sólo adquiere valores en función de su utilidad o relevancia para los seres humanos, y la Naturaleza debe necesariamente ser un mero agregado externo para poder así ser manipulada y desmembrada. La raíz moderna de todo esto queda en

evidencia cuando se observa que la idea de una Naturaleza como sujeto de derecho es rechazada tanto por la tradición liberal y conservadora, como por la socialista (las visiones prevalecientes del ecosocialismo reclaman abandonar el valor de cambio sobre la Naturaleza para regresar al valor de uso, pero no aceptan que ésta albergue valores intrínsecos).

Los entendimientos sobre el Buen Vivir también coinciden en la importancia de las sensibilidades y espiritualidades. Reniegan de posturas que se presentan a sí mismas como desligadas del mundo de los afectos y las creencias, y en lugar de ocultarlos, hacen visibles esos atributos como un componente indispensable para las alternativas al desarrollo.

Finalmente, las posturas del Buen Vivir no son esencialistas. Las alternativas se deben construir necesariamente en relación con los contextos social y ambiental, y a las propias historias. Pero también debe tener en claro que el Buen Vivir se discute en el plano de las ideas, y su meta no está en elaborar planes de acción o programas de gestión. El Buen Vivir es un campo de discusión de alguna manera análogo a los debates que suscitan otras ideas, como las de participación, democracia, igualdad, etc., que serían propios de la filosofía política. Pero una vez admitido esto, también es cierto que desde el Buen Vivir no se puede derivar cualquier plan de acción o estrategia de actuación, sino que las medidas propuestas deben ser consistentes con esa plataforma.

Como puede verse, el Buen Vivir tanto en su crítica como en su alternativa, está más allá de la tradición moderna sobre la cual se basan las posturas liberal, conservadora o socialista. Esto no implica desconocer las importantes diferencias que existen entre esas diferentes perspectivas, y los diversos tipos de desarrollo que han generado. En cambio, es necesario tener presente que el Buen Vivir es una propuesta para ir más allá de esos desarrollos. En ese esfuerzo, las vinculaciones posibles son muy distintas. Sin duda existen mayores vínculos y posibilidades de articulación con la tradición socialista, en especial por su preocupación por la justicia social y la resistencia al capitalismo. El Buen Vivir comparte esas preocupaciones, lo cual permitiría afirmar que la salida de la Modernidad, y con ellos del desarrollo, sólo es posible desde la izquierda (Gudynas, 2012).

La pluralidad de entendimientos y sensibilidades sobre el Buen Vivir explica que sea más apropiado concebirlo como una plataforma compartida. Es un espacio hacia donde llegan y convergen parcialmente posturas como las del *sumak kawsay* o el *suma qamaña*, junto a biocéntricos verdes o feministas. Allí se comparte la crítica al desarrollo convencional

y sus fundamentaciones modernas, y las exploraciones de salida hacia las alternativas. Es un espacio plural, tanto en la diversidad de saberes, como en una necesaria interculturalidad que permite que los aportes de los pueblos indígenas no sean desechados o folclorizados. Es una plataforma para ver otros mundos, de otras maneras.

Como el Buen Vivir es una plataforma política de alternativas, alimenta repetidamente las críticas a las estrategias de desarrollo actuales, se hacen más visibles en muchas movilizaciones ciudadanas y resistencias a ese desarrollo convencional, y ofrece un nuevo marco de ideas. Todo esto hace que las tensiones y oposiciones se vuelvan inevitables en varios frentes a la vez: con amplios sectores de la opinión pública que desean “más desarrollo” o disfrutan del consumismo, frente a los campos del saber anclados en el desarrollo propio de la Modernidad, ante las estrategias de los gobiernos, etc. Esto se repite incluso hacia dentro de los países bajo gobiernos progresistas que si bien invocan el Buen Vivir, sus prácticas convencionales de desarrollo están reñidas con esta perspectiva.

Buen Vivir y postdesarrollo

Los componentes de crítica que el Buen Vivir expresa sobre el desarrollo tienen muchas resonancias con las críticas del postdesarrollo. Eso se debe a que el Buen Vivir cuestiona los fundamentos de las distintas expresiones del desarrollo, y con ello de la Modernidad. Está claro que el Buen Vivir no ha sido construido reconociéndose a sí mismo como resultado de una crítica postestructuralista, pero el tipo de cuestionamiento, y su deconstrucción guarda muchas semejanzas.

Asimismo, entre los principales promotores de las versiones del Buen Vivir, hasta donde puede verse, no existía un conocimiento directo o detallado del postdesarrollo en general, o de su versión escobariana en particular. Pero, de todos modos, hay semejanzas notables por la intencionalidad de la reflexión, la denuncia a los efectos perversos del desarrollo contemporáneo y la búsqueda de alternativas que están más allá de la Modernidad, o se califican a sí mismas de esa manera.

Se pueden examinar dos breves ejemplos de las potencialidades del postdesarrollo en abordar la problemática actual en el continente.

En Ecuador, aunque el plan de desarrollo gubernamental luce en su título la referencia al Buen Vivir, los programas de acción gubernamental

mentales apuntan en sentido contrario, en especial por los esfuerzos en ampliar la explotación de petróleo e iniciar la megaminería a cielo abierto. El debate se vuelve confuso si es analizado bajo las categorías clásicas, pues en este caso el discurso gubernamental se presenta como “la alternativa”, invoca a la izquierda, dice ser anticapitalista, y reclama el control estatal sobre el extractivismo para financiar programas de asistencia a los sectores más pobres. Pero a la vez, refuerza el papel de Ecuador como proveedor de materias primas, reemplaza los préstamos del Banco Mundial por financiamientos de la banca china, minimiza o niega los impactos ambientales de sus emprendimientos, rechaza la protesta ciudadana, y hasta la criminaliza, todo ello en prosecución de asegurar el crecimiento económico, el aumento de las exportaciones y la captación de inversiones. Una crítica de tono postdesarrollista deja en claro que las medidas del gobierno Correa representan una variedad de desarrollo, pero hacen todavía más claras sus distancias con el propio mandato constitucional para el Buen Vivir.

En Bolivia se ha generado un fuerte debate sobre si las estrategias de desarrollo seguidas por la administración de Evo Morales realmente cumplen con el mandato constitucional del Vivir Bien. Esa discusión se vuelve difícil de desentrañar desde las miradas clásicas ya que uno de los principales intelectuales de ese gobierno, el vicepresidente Alvaro García Linera, critica ácidamente el capitalismo, cita a Lenin y apuesta al socialismo (García Linera, 2012). Pero él mismo reconoce que los modos de producción (la dependencia en exportar materias primas) no han cambiado en lo fundamental, aunque lo justifica por razones como el pequeño tamaño de Bolivia, y defiende un ideal de “desarrollo” que responde a una sociedad de la industria y el conocimiento (García Linera, 2012). El extractivismo, y el uso intensivo de la Naturaleza, sería indispensable para alcanzar ese fin, según García Linera, y los que se oponen a ello, son contrarrevolucionarios que intentan una “restauración conservadora” que debe ser detenida desde el Estado.

Se hace difícil analizar ese tipo de posturas con los instrumentos tradicionales, y muchos quedan encandilados por las citas a Lenin y el llamado a un socialismo andino. Pero si se aplica el instrumental del postdesarrollo, se observa que García Linera y otros integrantes del gobierno apuestan a los mismos objetivos del crecimiento económico y defienden una variedad propia de la modernización urbana e industrial, con lo cual caen entre los desarrollos alternativos. Pero además, se observa una

situación que no puede pasar desapercibida: ya no hay “alternativas al desarrollo”. Ese horizonte de cambio radical se desvaneció.

Para afianzar esta situación, el gobierno de Morales aprobó, en octubre de 2012, la nueva ley marco sobre la “Madre Tierra y Desarrollo Integral para Vivir Bien”. Aunque la norma tiene elementos positivos, como ciertas exigencias en temas de ambiente y ordenamiento territorial, lo más impactante es que restaura la idea del desarrollo, legitimándolo en una norma del nivel de una ley marco. Además, coloca a ese tipo de desarrollo como un elemento necesario para el Vivir Bien. De esta manera, con esa ley se escoge un tipo de desarrollo que sería más positivo que otros, y se lo coloca como una medicación necesaria para alcanzar el Vivir Bien en un futuro. No puede ocultarse este giro, ya que se minimiza el Vivir Bien y se lo despoja de su vocación de ruptura radical con el desarrollo y de trascendencia para ir más allá de la Modernidad. La postura inicial del proceso de cambio boliviano, donde el Vivir Bien expresaba la ruptura con el desarrollo, ahora se invierte, y el desarrollo reaparece triunfante para hacer posible ese Vivir Bien. Esto permite que se puedan defender abiertamente los planes gubernamentales en expansión minera o agrícola.

Ante estas situaciones, los análisis clásicos quedan encerrados en interpretarlos como disputas entre un gobierno y la oposición, o la izquierda y grupos indígenas antimodernos. Pero lo que sucede, tanto en Ecuador, Bolivia y otros países, es que a esos debates se le superpone otro, que expresa un choque de cosmovisiones y otros abordajes críticos. No se cuestiona a esos gobiernos únicamente por su desempeño administrativo en administrar variedades de desarrollo, sino que además se los interpela sobre sus ideas básicas sobre el desarrollo. Esto lo hacen a su manera, por ejemplo, las organizaciones indígenas, pero también cumple un papel similar el aparato crítico del postdesarrollo. Unos y otros desnudan las limitaciones de análisis como los de García Linera, y alertan, por ejemplo, sobre las implicancias de la nueva ley sobre desarrollo integral.

Finalmente, todas estas particularidades del Buen Vivir también explican los rechazos y resistencias más recientes desde quienes siguen aferrados a la modernidad. En unos casos se lo cuestiona por ser “demasiado” indígena, asumiéndose que representaría un regreso a tiempos precoloniales; en otros casos, se le achaca ser una invención reciente; se repite que es una alternativa carente de planes concretos, o que es demasiado romántica (estas reacciones se analizan en Gudynas, 2013).

Muchas de estas críticas actuales se parecen a las formuladas contra el postdesarrollo hace más de diez años. Todas ellas revelan, de manera directa o indirecta, una incomodidad de los modernos cuando se les cuestionan sus propios fundamentos.

El despliegue de las alternativas

De forma sorpresiva para algunos, pero esperable para otros, el debate sobre el desarrollo está en marcha en América Latina. A pesar de los éxitos económicos de varios países, de la renovación política con nuevos gobiernos progresistas, están regresando las movilizaciones ciudadanas de resistencia a diversos proyectos que son defendidos como expresiones de desarrollo. Factores de este tipo han hecho que la crítica al desarrollo renaciera, y dada las particularidades de la región y de la situación global, se hacen necesarios instrumentos que calen mucho más profundamente en las bases culturales del desarrollo. Es que no deja de sorprender que gobiernos disímiles entre sí, militantes con larga experiencia en el campo popular o académicos que se definen de izquierda defiendan emprendimientos que perpetúan el papel de la región como proveedora de materias primas, celebren alcanzar el “grado inversor” para atraer más inversión extranjera, o criminalicen la protesta ciudadana. Todo esto explica la renovada importancia que tiene el postdesarrollo como crítica radical.

Enfrentados a esa variedad, donde los contornos se difuminan, el postdesarrollo permite separar las opciones que siguen dentro del campo de la Modernidad de aquellas que expresan intentos de cruzar esos límites. El postdesarrollo es ahora tan necesario como años atrás. Pero también parece apropiado ajustarlo a las condiciones actuales, y aquí se defiende continuar dentro de sus marcos originales como instrumento de deconstrucción y crítica. Entendido de ese modo, el postdesarrollo no elabora alternativas, pero como es un instrumento necesario para poder romper límites de conocimientos y sensibilidades, se vuelve indispensable para iniciar la construcción de esos otros mundos. Cuando se inicia ese tipo de debate, las fronteras de cambio dejan de estar entre las disciplinas académicas convencionales, o las corrientes políticas conocidas, y se desplaza a ubicarse en los límites de diferentes ontologías.

En el momento actual latinoamericano, el postdesarrollo tiene una relación directa con el Buen Vivir, más allá de que ésta se haga explícita

o no. Esto se debe a que el Buen Vivir es, en parte, un campo de críticas radicales compartidas, pero también expresa alternativas que buscan cruzar esa otra frontera. Todas ellas comparten la característica de ser no esencialistas, no centradas ni lineales. Convergen en esa plataforma posturas que disuelven la dualidad con la Naturaleza, reniegan del progreso, y despliegan un giro ético sustancial al defender la pluralidad de valoraciones y los Derechos de la Naturaleza.

Como el Buen Vivir conlleva rupturas culturales profundas, su formulación reviste siempre un carácter provisorio, con muchos ensayos y exploraciones, errores y aciertos. No es posible salir de la cultura de la modernidad de un día para otro, y tampoco debe olvidarse la capacidad de las ideas del desarrollo de redefinirse a sí mismas a partir de las críticas que recibe, y generar nuevas versiones que sirvan para mantener sus esencias.

Pero a pesar de todo esto, y en parte debido a esos procesos, es que la nueva discusión sobre el desarrollo en América Latina se ha vuelto tan fascinante. Mucho de ello se debe a la confluencia en la plataforma del Buen Vivir de la exploración de alternativas bajo una pluralidad y profundidad que posee un enorme potencial.

Agradecimientos

Las reflexiones resumidas en el presente texto deben mucho a la paciencia y amistad de muchos en varios países. Entre ellos es indispensable agradecer a Arturo Escobar por su apoyo constante, y las conversaciones y discusiones que hemos mantenido sobre el postdesarrollo tanto en su hogar como en otras ciudades latinoamericanas. Estoy también reconocido a Alberto Acosta y Simón Yampara por discutir diferentes abordajes sobre el Buen Vivir, y a Mariela Buonomo por la revisión de los manuscritos. Distintos avances de estas ideas fueron presentados y discutidos en un taller en el CEIICH de la UNAM, convocado en 2012 por Gian Carlo Delgado, a quien estoy agradecido por su hospitalidad, paciencia y buen humor.

Bibliografía

Agrawal, A. (1996) "Poststructuralist approaches to development: some critical reflections". *Peace & Change*, 21(4): 464-477.

- Acosta, A. (2012) *Buen Vivir. Sumak kawsay. Una oportunidad para imaginar otros mundos*. Quito: AbyaYala.
- Belsey, C. (2002) *Post-structuralism. A very short introduction*. Oxford: Oxford University Press.
- Blaser, M. (2010) *Storytelling globalization from the Chaco and beyond*. Duke Durham: University Press.
- Callinicos, A. (2010) *Bonfire of illusions. The twin crisis of the liberal world*. Cambridge: Polity.
- Corbridge, S. (1998) "Beneath the pavement only soil": The poverty of post-development. *Journal Development Studies*. 34(6): 138-148.
- Crouch, C. (2012) *La extraña no-muerte del neoliberalismo*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Escobar, A. (2012) *Preafce to the 2012 edition*, pp. vi-xliii. En "Encountering development. The making and unmaking of the Third World". Princeton: Princeton University Press.
- Escobar, A. (2005) El "postdesarrollo" como concepto y práctica social, pp. 17-31. En D. Mato (coord.), *Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización*, Caracas: Facultad Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central Venezuela.
- Escobar, A. (2003) *Mundos y conocimientos de otro modo: el programa de investigación de modernidad/colonialidad Latinoamericano*. Colombia: Tabula Rasa, 1: 51-86.
- Escobar, A. (2000) "Beyond the search for a paradigm? Post-development and beyond". *Development*, 43(4): 11-14.
- Escobar, A. (1998) *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Bogotá: Norma.
- Escobar, A. (1995) *Encountering development. The making and unmaking of the Third World*. Princeton: Princeton University Press.
- Escobar, A. (1992) "Imaging a postdevelopment era? Critical thought, development and social movements". *Social Text*, 31/32: 20-56.
- Escobar, A. (1984) "Discourse and power in development: Michel Foucault and the relevance of this work to the Third World". *Alternatives*, 10(3): 377-400.
- Esteva, G. (1992) "Development". En W. Sachs (ed.), *The development dictionary*: 6-25.
- Esteva, G. y M. S. Prakash (1998) "Beyond development, what?" *Development in practice*, 8 (3): 280-296.
- García Linera, A. (2012) *Geopolítica de la Amazonía. Poder hacendal-patrimonial y acumulación capitalista*. Vicepresidencia, La Paz.

- Gibson Graham, J.K. (2001) "Intervenciones posestructurales". *Revista Colombiana Antropología*, 38: 261-286.
- Gudynas, E. (2013) *El malestar moderno con el Buen Vivir: reacciones y resistencias frente a una alternativa al desarrollo*. En preparación.
- Gudynas, E. (2012) "Buen Vivir y críticas al desarrollo: saliendo de la Modernidad por la izquierda": 71-91. En F. Hidalgo Flor y A. Márquez Fernández (eds.), *Contrahegemonía y Buen Vivir*, Quito: Universidad Central Ecuador y Universidad de Zulia.
- Gudynas, E. (2011a) "Buen Vivir: germinando alternativas al desarrollo". *América Latina en Movimiento*, ALAI, 462: 1-20.
- Gudynas, E. (2011b) "Debates sobre el desarrollo y sus alternativas en América Latina: una breve guía heterodoxa": 21-53. En M. Lang y D. Mokrani (eds.), *Más allá del desarrollo*, Grupo Permanente de Trabajo sobre Alternativas al desarrollo, Fundación R. Luxemburgo y AbyaYala, Quito.
- Gudynas, E. (2010) *La ecología política del progresismo sudamericano: los límites del progreso y la renovación de la izquierda*. Barcelona: Sin Permiso, 8: 147-167.
- Gudynas, E. y A. Acosta (2011) "La renovación de la crítica al desarrollo y el Buen Vivir como alternativa". *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 16 (53): 71 – 83.
- Hirschman, A. (1986) "The rise and decline of development economics". *Development*, (3): 3-9.
- IB (Industrial Bank) (2012) *Chinese luxury consumer white paper*. Pekin: Industrial Bank y Hurun Report.
- Illich, I. (2006) "La convivencialidad": 369-530. En *Obras reunidas*, vol. 1, México: Fondo Cultura Económica.
- Kiely, R. (1999) "The last refuge of the noble savage? A critical assessment of post-development theory". *European Journal Development Research*, 11(1): 30-55.
- Latouche, S. (2009a) *Pequeño tratado del decrecimiento sereno*. Barcelona: Icaria.
- Latouche, S. (2009b) *La apuesta por el decrecimiento*. Barcelona: Icaria.
- Macas, L. (2011) "El suymak kawsay": 139-156. En *Colonialismos del siglo XXI. Negocios extractivos y defensa del territorio en América Latina* (vv. aa.). Barcelona: Icaria y EntrePueblos.
- Mamani P., R., W. Molina A., F. Chirino O. y T. Saaresranta (2012) *Vivir Bien. Significados y representaciones desde la vida cotidiana*. La Paz: PIEB.

- Nederveen Pieterse, J. (2000) "After post-development". *Third World Quarterly*, 21(2): 175-191.
- Nederveen Pieterse, J. (2009) "Postdevelopment": 339-343. En R. Kitchin y N. Thrift (eds.), *International Encyclopedia of Human Geography*, Amsterdam: Elsevier.
- Peet, R. y E. Hartwick (2009) *Theories of development. Contentions, arguments, alternatives*. Nueva York: Guilford.
- PRATEC (2002) *Allin kawsay. El bienestar en la concepción andino amazónica*. Lima: PRATEC.
- Quijano, A. (2000) "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina": 201-254. En E. Lander (ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*, Caracas: CLACSO.
- Rahnema, M. (1997) "Towards post-development: searching for signposts, a new language and paradigms": 377- 403. En M. Rahnema (ed.), *The post-development reader*, Londres: Zed.
- Ramírez G., R. (2010) "Socialismo del *sumak kawsay* o biosocialismo republicano": 55-74. En *Los nuevos retos de América Latina. Socialismo y sumak kawsay*. Quito: SENPLADES.
- Rist, G. (1997) *The history of development. From western origins to global faith*. Londres: Zed. (*El desarrollo: historia de una creencia occidental*. Madrid: Catarata, 2002).
- Sachs, W. (1992) *The development dictionary*. Londres: Zed.
- Storey, A. (2000) "Post-development theory: Romanticism and Pontius Pilate politics". *Development*, 43 (4): 40-46.
- Tamas, P. (2004) "Misrecognitions and missed opportunities: post-structuralism and the practice of development". *Third World Quarterly*, 25(4): 649-660.
- Yampara, S. (2011) "La institucionalidad del *ayllu*: los territorios andinos continuos y discontinuos". *Pacha*, CADA, La Paz, 6: 15-44.
- Yifu Lin, J. (2011) "Beyond Keynes: A conversation with Justin Yifu Lin". *World Policy Journal*, 28: 35-50
- Ziai, A. (2004) "The ambivalence of post-development: between reactionary populism and radical democracy". *Third World Quarterly*, 25(6): 1045-1060.